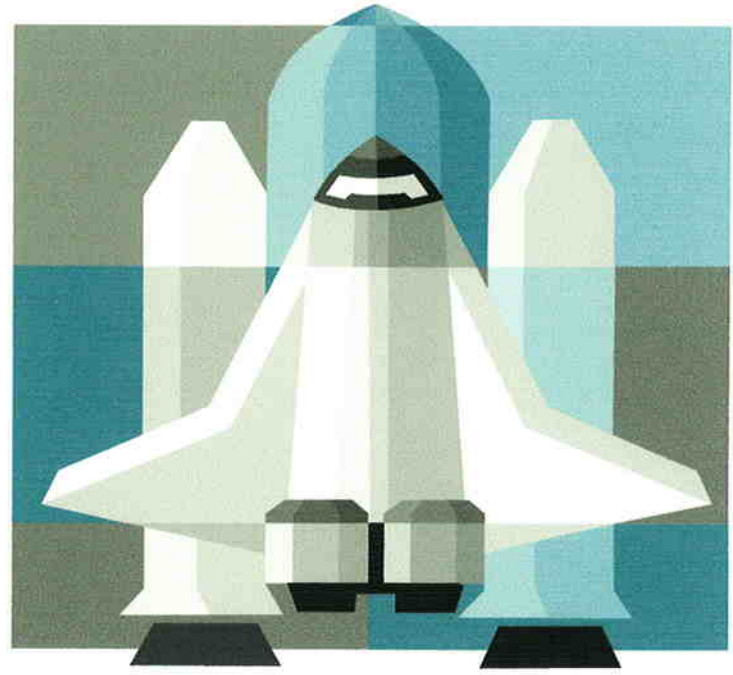
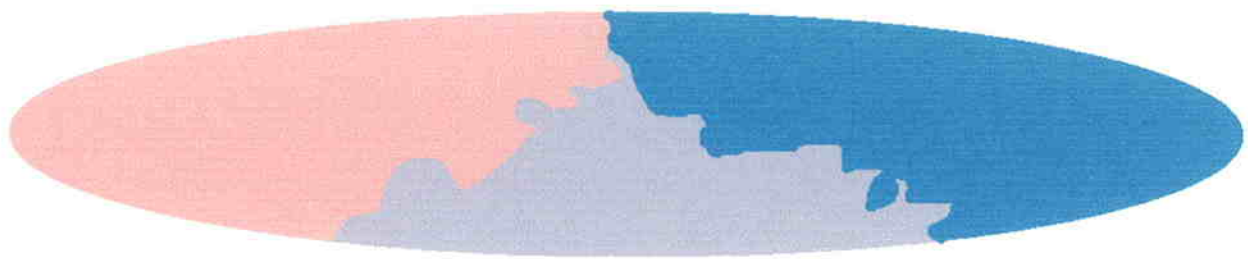


Un Sueño Fantástico



EL NIÑO ASTRÓNOMO

Carlos era un niño de once años que soñaba con ser astronauta. Se sabía todos los planetas y deseaba descubrir otro. Lo llamaría Mundilandia y pondría una atmósfera para que no pudieran acceder los que no fuesen de dieciséis años para abajo. No habría un alcalde pero si un presidente; no habría príncipes, ni alcaldesas, ni presidentas, lo cambiaría todo por una buena princesa. Este mundo también tendría una economía pero no de dinero sino de judías de chuche y cada habitante tendría las que más le gustaran. No se trabajaría muy duro, solo tres o cuatro horas cada día, ya que Carlos estaba harto de oír a su madre cada vez que trabajaba que estaba muy cansada. Si existiría un colegio (el protagonista era muy buen estudiante y sacaba notas fantásticas), pero no pondrían deberes, solo exámenes, cada dos semanas, uno. Cada vez que entrara un habitante, el presidente y la princesa le regalarían una casa. Las casas de este mundo serían como las de "Hansel y Gretel", de dulces. Irían a vivir marcianos y convivirían estos y los terrestres. Cada noche soñaba con poner algo nuevo en este planeta hecho solo y exclusivamente para niños y marcianos amarillos y rojos. Estos dos colores significarían que el extraterrestre estaría en su infancia; si fuera adulto llevaría los colores verde y naranja y azul y blanco si fuese anciano.

Se conocía las constelaciones, los nombres de las más famosas estrellas, las partes de la Tierra, las del Sol, cómo era su galaxia y cuándo y cómo podía encontrarla en el universo sin salir de su casa. Había estudiado, por su cuenta, las partes de una astronave, los meteoritos y los meteoros. Tenía decenas de planetarios en su casa. El techo de su habitación lo había transformado en un sistema solar. Él disfrutaba estudiando en su curso este tema y enseñándoles a todos sus compañeros en el examen y en los deberes lo que conocía. Se sabía todos los tipos de nubes y en que parte del cielo podía encontrarlas, aunque su vista no alcanzara. Resumiendo que era un genio de la astronomía.

Carlos tenía ganas de hacerse mayor para poder estudiar esta carrera. Pero había un problema y es que él no se veía como astrónomo, ni como astronauta, no como científico de los que estudian la astronomía, sino que se veía como un ciudadano más, nadie importante. Le fascinaba la astronomía, quería estudiar astronomía pero no como profesión, simplemente lo veía como un hobby, una afición más de las muchas que tendría, aunque esta sería la más importante es su vida, claro.



LA VOZ EXTRAÑA

¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno, ya! La nave despegó con un fuerte estruendo. A Carlos le dolían los oídos y la tripa. Cerró los ojos por diez segundos y al abrirlos lo único que veía por la ventana era una pared negra que no se podía tocar, ni descubrir sus esquinas. Era como una esfera gigante hecha de puntos brillantes, de ese inagotable que lo llaman Sol y de los nueve planetas de los cuales en uno de ellos vivía la familia de Carlos. Él ya estaba a miles de millones de kilómetros de esa casa de dos plantas con sus tres habitaciones, dos cuartos de baño, una cocina, una sala de estar y un comedor de 15m.

- Carlos, Carlos responde, ¿estás bien?, contesta.

- Dime, eh, sí, sí, estoy bien, ¿qué pasa Nacho?

La voz del jefe proveniente de la radio lo había despistado de sus pensamientos.

- El despegue ha sido un gran éxito, ¿qué ves por allí?

- Nada o bueno todo. En realidad esto es un poco raro todo esto es muy extraño, ¿no?

A Carlos le contestó una voz femenina:

- Tal vez te parezca raro porque nunca lo has visto en persona, ¿no es así?

- ¡Astro! qué alegría escucharte ¿De qué te encargas tú? Se me ha olvidado.

- Ejem, bueno gracias por alegrarte de oírme.

Al decir esto Carlos se sonrojó, se tapó la cara para más tarde destapársela diciéndose: “¿Para qué? No hay nadie.”

- Yo me encargaré de dirigir la nave si necesitas descansar o en una lluvia de meteoritos- prosiguió Astro- Y te quería contar que...

- Bueno que dejémonos de líos y sigamos con el viaje, ¿no?-interrumpió con voz sarcástica el jefe.

- Estoy de acuerdo. - respondió Carlos - ¿Qué hay que hacer jefe?

- Está es tu campo de visión la Luna.

- Claro.

- Tienes que aterrizar en ella.

- Está bien. Un momento.

Carlos fue directo a apoyarse en la superficie rocosa del satélite.

- Ya - dijo Carlos al colocar la nave encima de la Luna.

- Necesitamos una pequeña roca o un fragmento de esta o algo así para analizarlo - dijo Nacho.

- Marchando - contestó mientras bajaba las escaleras del vehículo espacial.

- *Asichume cameoubi dipsaboper.*

- ¿Qué dices jefe?-exclamó Carlos.

- ¿Yo?, nada-contestó Nacho-A ver si tan poco oxígeno han dañado a...

- Calla jefe. Estoy escuchando a algo o a...

- ¿Alguien?-Astro miraba intrigada a su jefe.

- Shhhhhhh-susurró Carlos.

- *Nero a boco raliiti co bocuesanbol pobolamo.*

- Pinazir ecojuodece lecin.

“¿Qué?” se preguntó Carlos.

NUEVOS COMPAÑEROS DE VIAJE

Carlos se aproximó al lugar de donde provenían las voces. Veía dos extraterrestres. Estos eran muy graciosos: llevaban dos cuernecillos, cuatro brazos y dos piernas. Se acercó para contemplarlos mejor. Cuando caminaba le dio una patada a una piedra y esta rodó. Los extraterrestres vieron como rodaba la piedra. Se dieron la vuelta y observaron a Carlos detenidamente.

-¡Ahhhhhhhhhh!-dijo un ser.

-¡Ahhhhhhhhhh!-gritó Carlos.

-¡Ahhhhhhhhhh!-exclamó el otro ser.

-¡Ahhhhhhhhhh!-repitió Carlos.

Los extraterrestres se miraron, echaron a correr y se refugiaron dentro de una cueva. Desde allí, seguían observando a Carlos, que se había quedado inmóvil. Consiguió dar un paso, después otro y así, lentamente, llegó hasta la cueva.

- Ho-hola - tartamudeó Carlos.

- ¿Cómo? - dijo un ser - ¿Tú hablas...

- ...Castellano? - Carlos terminó la frase.- Sí, soy de España. Como es posible que dos marcianos sepan hablar castellano.

- ¡Eh! No somos marcianos. Yo soy española y él es americano. Nosotros vinimos en aquella astronave que se salió de su órbita en el 2005.

- ¡Ahhh! ¿Y tú hablas español?- preguntó Carlos al "marciano" americano.

- Yes – respondió.- Yo hablo un poco castellano. Ella me enseña.

- Pero si soy terrestres, ¿cómo tenéis dos cuernos y dos brazos de más?

- Fácil- respondió la "marciana" española- te los puedes quitar y poner. Mira.- La muchacha se quitó los cuernos y los brazos que le sobraban.

- Claro. Ya lo entiendo, ¿pero? No entiendo porque os ponéis los cuernos y los brazos.- Carlos seguía intrigado.

- Para asustar a los astronautas.

El americano se divertía con tres piedras.

- Y, ¿por qué queréis asustarles? Yo te llevaría conmigo.

- Porque si decimos que somos humanos los de la Tierra querrán que volvamos y se llevarán la gloria, porque dirán que nos han encontrado sanos y salvos. Y eso es mentira, porque las personas que estamos aquí luchando por sobrevivir somos nosotros. ¡Y no se nos ha dado tan mal!

- Vale, pero, ¿de dónde os alimentáis?

- Bah, eso es fácil. Ves ese planeta que tiene una parte rosa, otra azul y otra como morado o algo así.

- Sí, sí. Lo veo.

- A veces vivimos allí y otras nos venimos aquí.

- ¿Cómo se llama el planeta?

- No tiene nombre

- ¿Se llama así?

- No, hombre. Lo que pasa es que cada uno lo llama como quiere. Yo soy la princesa de la parte rosa y la he llamado Kiddy, pero las otras dos partes no tienen nombre porque no están a cargo de nadie.

- ¿Podemos ir a verlo?

- Sí claro.

- Por cierto, no te he dicho nuestros nombres, yo soy Ruth y él se llama Michael, aunque le gusta que le llamen Mike.

EL PLANETA DESCONOCIDO

Viajaron al planeta nuevo. Empezaron a explorarlo por la parte rosa. Allí encontraron seres muy extraños. Por ejemplo, un ser con cuerpo de cebra, patas traseras de pato, las delanteras de halcón y cabeza de león.

De pronto, un extraterrestre por el camino.

- Ahhhh somistrius mihnuhla.- comenzó a hablar el ser.

- Fuikñ,- dijo la "marciana" española.- Dice que eres muy alto para ser de aquí.- le dijo a Carlos.

Carlos se había fijado en que el extraterrestre parecía un enano.

Cuando terminó de hablar se fue. De repente, otro habitante de aquel extraño planeta se acercó a ellos dos.

- ¿Quién eres tú? -le preguntó a Carlos con voz estridente.

- ¿Quién, yo? Soy Carlos. Soy terrestre -contestó el muchacho.

- ¿Terrestre?

- Sssssssss, sí

- ¡Ahhhh! Vale.

- ¿Y tú quién eres? -le preguntó Ruth al extraterrestre.

- Yo, ser Amibo Estealyore.- respondió.

- Vale.

- ¿Conocéis el planeta?.- preguntó Amibo.

- No – contestó Carlos.

- Entonces, seré vuestra guía.

Al terminar la exploración de la parte rosa, comieron. Según terminaron, a Carlos le empezó a doler la tripa, se mareo y empezó a devolver. Sus nuevos compañeros de viaje se asustaron mucho, porque no tenían medicación por si un terrestre se ponía enfermo.

- Carlos, ¿te encuentras bien?- le preguntó Ruth.

- Si estoy bien. No te preocupes – contestó Carlos – Seguimos con nuestro viaje.

- Vale. Ahora nos toca ver la parte azul. ¿Preparado? – Le informó Amibo

La parte azul era muy distinta de la parte rosa. En ésta parte había seres conocidos por los terrestres; Carlos vio a un perro y un gato jugando con una cabra. Todo le parecía muy extraño, pero por lo menos, le eran más familiares que Amibo, su nueva guía. No había mucho más que ver, era como un zoo gigante, donde los animales vivían en su hábitat natural sin que nadie les molestara, así que se fueron sin molestar.

Siguieron andando y vieron una gran mansión vacía. Carlos preguntó que a quien pertenecía, y Ruth le contestó:

-En mi parte, hay tres castillos dorados, donde poder hospedarme y vivir, como princesa de Kiddy, pero aquí, al no haber ningún extraterrestre a cargo del planeta, pues la mansión está vacía.

Carlos se quedó conforme con la explicación y continuaron con el camino. Las casas eran de ladrillo por las guerras, en cambio en la otra parte, sus seres se habían esforzado mucho por hacerlas ya que en la parte rosa, los puzles y cada casa estaba construida por su habitante.

En la parte azul, el cielo brillaba de un color verde intenso, mientras que en la parte rosa el cielo era de color oro, no amarillo, sino oro.

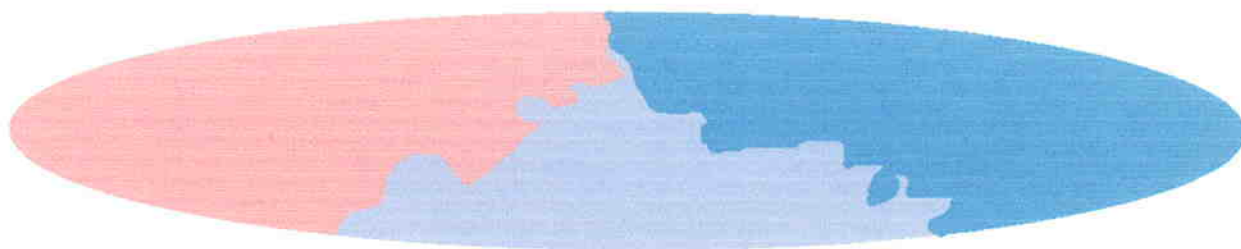
-¡Qué bonito!- exclamó Carlos.- ¡Qué diferencia!

- Sí, bueno, nos gustó hacerlo diferente – informó Amibo- construimos los pueblos por el cambio de color del cielo. En la parte morada tiene un color azul turquesa, ¿quieres conocerlo ya?

- Claro, a no ser que me queráis enseñar algo más de aquí.

- No, venga, síguenos.

En efecto, al viajar a la parte morada, Carlos pensó que tenían razón, el cielo era precioso, era azul turquesa pero con estrellas. En las otras partes iluminaban dos grandes soles a cada parte. Carlos supuso que éste tendría también dos soles pero no lo pudo averiguar porque ya era de noche. La parte morada era una mezcla de las dos anteriores. Las casas eran de puzles o ladrillos, dependiendo de su dueño, había seres extraños para Carlos y otros conocidos. Este planeta estaba muy cuidado y, en absoluto, contaminado.



PROBLEMAS PARA VOLVER A CASA

Carlos subió a la nave, pero al hacerlo, tropezó y se dio en la cabeza con una piedra. Se quedó inconsciente durante cinco minutos y al abrir los ojos no recordaba casi nada. Recordaba la pequeña parte morada, la azul y la rosa. Recordaba a Ruth, a Michael y a Amibo. Pero no recordaba que hacía en esa nave y por qué estaba fuera de su casa.

-¿Estás mejor?- le preguntó Ruth.

- Sí, pero ¿qué hago aquí?- le contestó Ruth.

- Tú te has dado en la cabeza y te has dormido- le aclaró Michael.

- ¿Puedo volver a casa?- le preguntó Carlos.

- Sí. Tu amiga de la Tierra nos ha dicho, que si necesitas volver que lo hagas- le respondió Ruth.

- Vale, pero ¿cómo vuelvo a casa?

- Nosotros te llevaremos- le informó Michael- Ruth sabe pilotar la nave.

- Gracias chicos, pero dijisteis que no volveríais a la Tierra y que aquí estabais muy a gusto ya que os había tratado muy bien.

-Ya,- le respondió Ruth con cara de pena- la verdad es que añoraré este lugar. Pero por un amigo hay que apoyarle en lo bueno y en lo malo. Y aparte así les demostraremos que hemos podido sobrevivir si su ayuda.

- Muchas gracias.

- Entonces, ¿preparados para volver a casa?- les preguntó Michael

- Claro- respondieron Carlos y Ruth al unísono

- Pues no se qué hacemos aquí. Subamos a la nave.

La nave tenía dos asientos en la parte delantera y otros dos detrás de estos. Carlos y Ruth se montaron en los de delante, dejando a Michael en los asientos posteriores.

Cuando subieron vehículo espacial, Carlos vio a Astro en una pantalla en una pantalla que se estaba en el medio de los dos asientos delanteros.

-¡Astro!- gritó Carlos

- Hola Carlos. ¿Te encuentras bien? Me han dicho que habías tropezado.- le contestó Astro

- Sí, estoy bien.

- Venga pongámonos en marcha- dijo Ruth

Ruth arrancó la nave.

- Poneos los cinturones- dijo Ruth

- ¡Ya!- contestaron Carlos y Michael a la vez

Empezaron a volar y según despegaron, Michael se durmió. Continuaron el recorrido y algo les entorpeció el camino.

- Carlos tenemos una lluvia de meteoritos – le dijo Ruth asustada- Yo no sé pilotar en estas ocasiones.

- Tranquila – le dijo Carlos – enciende mi pantalla, por favor.

- ¡Astro! – le gritó Carlos a la pantalla - ¿Astro? Responde

- ¿Qué necesitas? – salió una voz de la pantalla

- Estamos en una lluvia de meteoritos – le informó Carlos

- De acuerdo. Entendido. Enciende el piloto automático, yo me haré cargo de que salgáis de ahí, sentaos bien y agarraros a los cinturones.

- ¡Haced caso! – gritó Carlos, mirando a sus compañeros de viaje - ¡Quieta Ruth!

Ruth soltó los mandos.

Astro cumplió su promesa y les sacó sanos y salvos de aquella lluvia de meteoritos, sin ni siquiera un rasguño, aunque algún que otro vaivén si tuvieron.

- Ya está, se acabó el peligro – informó Astro

- Gracias – le dijo Ruth

Astro sonrió. De pronto se oyó un fuerte estruendo.

- ¿Qué ha sido eso? – preguntó Ruth

- Un último meteorito ha impactado en la antena. Necesitamos repararla – contestó Carlos.

- ¿Tú, qué ...? – Ruth le iba a preguntar a Astro, pero se dio cuenta que no podía comunicarse con ellos sin antena.

- Yo iré a arreglarla – Michael se había despertado con todo el jaleo, y se preparó para arreglarla.

- Vale – le dijo Carlos -¿Sabes lo que tienes que hacer?

- Claro – contestó Michael – En nuestra nave también se rompían cosas y me tuve que estudiar el manual de la nave.

- Entonces no sé que haces aquí todavía – le chilló Ruth

Michael arregló sin problema la antena y volvió a la nave contento con su trabajo.

- Muchas gracias – le dijo Carlos

- De nada – contestó Michael

- Rumbo a casa – dijo Ruth con cierta nostalgia.

- ¿Dónde está Amibo? – preguntó Carlos al echarle en falta.

- Se quedó en su planeta – respondió Ruth - ¡ya, ya, ya estamos en casa!

Por fin estaban en la Tierra. Michael fue el primero en bajar, al ir a poner un pie en el suelo, se cayó. Los otros dos le miraron extrañados.

-¿Qué pasa? – sonrió Michael – no estoy acostumbrado a la gravedad, se me ha olvidado esta sensación.

De repente, comenzaron a venir un montón de gente hacia ellos, era el personal de Control, todos ellos formaban Astro. Se tiraron en grupo hacia Carlos y comenzaron a abrazarle y a preguntarle.

-Bienvenido a casa – le dijo una voz a Carlos.

Esa voz le era familiar, era la mujer que le ayudó a alunizar, su “Astro”. Notó como se volvía a sonrojar. Iba a contestarla cuando apareció su jefe, Nacho se dirigía hacia él y hacia los nuevos compañeros